

MIRAD QUE REALIZO ALGO NUEVO, ¿NO OS DAIS CUENTA? (Isaías)
Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación
Rimini, 27 de abril de 2018

Apuntes de la Introducción de Julián Carrón

«Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dais cuenta?»¹. La capacidad de darse cuenta de las cosas pertenece a la naturaleza del hombre, forma parte de su grandeza única; no se puede comparar con ninguna otra criatura. Por desgracia, muchas veces prevalece en nosotros lo ya sabido o la superficialidad. ¿Quién de nosotros, al ver los rostros pintados por Caravaggio mientras escuchábamos el *Fac ut ardeat cor meum* del *Stabat Mater* de Dvořák, no ha advertido el deseo de ser aferrado como ellos, cautivados por un conocimiento de Cristo que penetraba hasta el corazón? Pero –pensamos–, ¿cómo podremos nosotros, que somos frágiles, llegar a conocerle a Él? Por eso Jesús nos ofrece un gran consuelo: «Necesitáis al Espíritu. Es el Espíritu el que os llevará a la verdad completa»². Pidamos entonces al Espíritu que nos ayude a conocer a Cristo presente en la realidad, en la historia, que haga arder nuestro corazón.

Desciende Santo Espíritu

Comienzo leyendo el mensaje que nos ha enviado el Santo Padre: «Con ocasión de los Ejercicios espirituales anuales para los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación que tienen lugar en Rimini, y que llevan por título: “Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dais cuenta?” (Is 43,19), Su Santidad el papa Francisco saluda a todos cordialmente. El Papa invita a todos a hacer experiencia viva de Cristo presente en la Iglesia y en las vicisitudes de la historia, y a cambiar la propia vida para poder renovar el mundo con la fuerza del Evangelio. Es la contemplación del rostro de Jesús, muerto y resucitado, lo que recompone nuestra humanidad, también la que está fragmentada por las dificultades de la vida, o la que está marcada por el pecado. El Santo Padre desea que cuantos siguen el carisma del venerado monseñor Luigi Giussani den testimonio del amor concreto y poderoso de Dios, que obra verdaderamente en la historia y determina su destino final, y, al tiempo que invita a todos a rezar para sostener su ministerio petrino, invoca la protección celestial de la Virgen María e imparte de corazón a usted y a todos los participantes la implorada bendición apostólica, haciéndola extensiva a cuantos están conectados vía satélite y a toda la Fraternidad. En el Vaticano, a 27 de abril de 2018. Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad».

1. La consecuencia de un desplazamiento

Desde la Jornada de apertura de curso, hay una frase de don Giussani que se me ha quedado clavada como un aguijón: «Al principio se construía, se intentaba construir sobre algo que estaba sucediendo [...] y que nos había aferrado. Por muy ingenua y exageradamente desproporcionada que fuese, se trataba de una posición pura. Por eso, al haberla abandonado en cierto sentido, al habernos mantenido en una posición que ha sido ante todo, casi diría, una “traducción cultural” más que el

¹ Is 43,19.

² Cf. Jn 16,13.

entusiasmo por una presencia, no conocemos –en el sentido bíblico del término– a Cristo, no conocemos el misterio de Dios, porque no nos resulta familiar»³.

El hecho de habernos desplazado del entusiasmo por una presencia a una traducción cultural tiene como consecuencia que no conocemos a Cristo. Y se ve porque no nos resulta familiar.

Creo que no existe un desafío mayor que este: si a medida que vivimos Cristo no se vuelve más familiar, nos interesaremos cada vez menos por Él, y entonces todo lo que hagamos será simplemente una consecuencia, cada vez más separada de su origen, como una rama seca, que nos dejará cada día más desilusionados, con un gusto amargo en la boca.

El trabajo que hemos realizado desde la Apertura de curso ha ofrecido a cada uno la posibilidad de darse cuenta del camino que ha recorrido durante estos meses. ¿Cómo podemos saber si hemos conocido más a Cristo? ¿A través de qué signos podemos documentarlo?

Don Giussani nos ha dado un criterio de verificación para reconocer si Cristo ha entrado verdaderamente y está entrando cada vez más en nuestra vida, para saber si cada día nos resulta más familiar. Para poder entenderlo basta con que pensemos en una experiencia elemental: todos sabemos que una presencia, una persona, ha entrado en nuestra vida hasta el punto de hacerse familiar cuando determina el modo de afrontarlo todo, de estar delante de las cosas y de las circunstancias. Basta con que penseis en vuestros hijos. Por el contrario, cuando tal familiaridad no existe, o no existe lo suficiente, el punto de partida sigue siendo el de antes: una cierta impresión de las cosas o nuestros propios esquemas. Todos podemos documentarlo.

No es distinto lo que sucede con Cristo. De hecho, si el acontecimiento de Cristo no incide en mi forma de vivir, de estar delante de la realidad y de las situaciones y los desafíos cotidianos, si el *acontecimiento de Cristo* presente no determina nuestro modo de vivir las circunstancias, quiere decir que las afrontamos como todos, es decir, partiendo de la *impresión* que suscitan en nosotros, y, al igual que todos, terminamos ahogándonos en una vida que nos «paraliza»⁴. El resultado salta enseguida a la vista: una vida dominada por nuestras «impresiones» –que cada uno piense en cómo se levanta por las mañanas–, en lugar de acrecentar el entusiasmo por Cristo hace que la fe sea cada vez más irrelevante para la vida, porque no se percibe la pertinencia de Cristo a las exigencias de la vida.

Si el entusiasmo por Cristo no crece cada vez más, ¿dónde buscaremos la plenitud? Cada uno puede mirar su propia vida y ver lo que domina en ella. Y como nuestro corazón no puede dejar de desear, buscaremos inevitablemente el cumplimiento en las cosas que hacemos, en el «esfuerzo de nuestra actividad asociativa, operativa, caritativa, cultural, social y política»⁵, o bien en nuestras iniciativas profesionales. De este modo, la fe se convierte en una mera «premisa» que dejamos atrás. Por eso don Giussani nos decía que «el error fundamental que podemos cometer [...] es dar por descontada la fe. Es decir: puesto que tenemos fe, establecida la premisa que sería la fe, entonces realizamos actividades culturales»⁶. No nos da tregua: «Si todo lo que esperamos no se cumple totalmente en lo que nos ha sido dado, en el hecho que se nos ha dado», es decir, en el hecho de Cristo, todas nuestras actividades, todo lo que hacemos «se convierte en la espera de nuestro reino»⁷.

³ L. Giussani, *Una strana compagnia*, BUR, Milán 2017, pp. 88-89.

⁴ C. Pavese, *Dialoghi con Leucò*, Einaudi, Turín 1947, p. 166.

⁵ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., p. 88.

⁶ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, Encuentro, Madrid 2013, p. 163.

⁷ L. Giussani en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 418.

Entonces, la pregunta que inevitablemente se plantea es: ¿acaso son capaces todas estas actividades de cumplir nuestra vida? La señal de alarma es esa desazón que nos asalta por un «quehacer» que, en el fondo, no nos satisface.

Pero esta insatisfacción que experimentamos cuando esperamos que el cumplimiento de nuestra vida venga de las cosas que hacemos –si conservamos un mínimo de pobreza de corazón–, puede convertirse en una ocasión, en la oportunidad de sentir dentro de nosotros la urgencia de volver al inicio, a ese entusiasmo por Cristo que nos había conquistado.

Como prueba de que la «urgencia de volver al inicio» –al entusiasmo por Cristo– afecta a la vida de cada uno de nosotros, cualquiera que sea su edad o la historia que ha vivido (uno puede haber encontrado el movimiento hace un año y tener menos de treinta años), me escribe un joven médico:

«Querido Julián, en estos meses he empezado a comprender lo que nos has dicho muchas veces, es decir, que si no verifico la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida, esta no podrá resistir, y el primer signo de ello es un escepticismo –no explícito–, casi diría una duda, un “quizá”, una incredulidad con respecto a que ciertas cosas, ciertas pesadumbres de la vida, puedan ser abrazadas y cambiadas por Cristo. A mí me ha pasado en el trabajo. Soy médico residente en una planta en la que el ritmo de trabajo es alto, la rivalidad y la queja son continuas, y la mayoría de los compañeros no tiene casi nada más allá del trabajo. Durante estos dos años, intentando hacer bien mi trabajo, me he dejado absorber muchísimo, y como consecuencia de dos grandes desilusiones laborales, me he dado cuenta de que el trabajo –por lo menos tal como yo lo estoy viviendo– no es capaz de devolverme, en términos de satisfacción, ni siquiera un poco de lo que yo le doy: es un balance absolutamente negativo. Este hecho me ha llevado incluso a pensar en el trabajo como lo que me quita tiempo para estar con mi mujer y con mis amigos, ¡y esto ha hecho crecer la queja! Si uno no está dispuesto a cambiar su punto de vista y se limita a buscar una solución al problema contingente, cosas como leer la Escuela de comunidad, ir a misa o hablar con los amigos son al final intentos fallidos que me hacen ser cada vez más escéptico ante la posibilidad de que Cristo pueda cambiar algo en mi relación con el trabajo. Pero ha sucedido un hecho. Desde hace dos meses voy de vez en cuando a misa antes del trabajo. Hay un pequeño grupo de gente del movimiento que va allí todas las mañanas y, al final de la misa, se toma un café rápido en el bar que está enfrente de la iglesia: un hecho banal y, para ellos, cotidiano. La primera mañana que me uní a ellos salí muy contento y fui en moto al trabajo –momento en el que habitualmente me entra la preocupación por todo lo que me espera y por todos los compromisos que debo encajar– respirando a pleno pulmón, como quien acaba de ver algo bonito. Mientras que en la mayoría de las pausas que hago en el trabajo estoy con la cabeza puesta en lo siguiente que tengo que hacer, en aquellos diez minutos ellos estaban allí de verdad, atentos, presentes. Me impresionó también la atención hacia mí, que no los conocía de nada, pero también hacia los mendigos que estaban en la puerta de la iglesia. Una serie de cosas me hicieron pensar si sería posible también para mí estar contento en el trabajo. Un hecho pequeño ha vuelto a abrir una posibilidad, una pregunta que me impulsa a hacer un camino. Durante un encuentro que tuviste con algunos jóvenes trabajadores vi suceder la misma dinámica que había visto en el bar: me asombró tu libertad en relación a nosotros, el hecho de que no tuvieras nada que defender e, incluso, la curiosidad por lo que podía surgir de nosotros. Los juicios que ofreciste me descolocaban y desenmascaraban la perspectiva reducida que teníamos frente la realidad. Entiendo que una mirada tan libre no puede ser producto de un conocimiento más perfecto y atento de los textos de don Giussani, de la participación en un mayor número de gestos y asambleas, sino solamente de la familiaridad con el Misterio. Por eso te observé con curiosidad y envidia, y me pregunté

continuamente por qué respondías a las diversas provocaciones de forma distinta de lo que yo habría hecho. Tenía el deseo de identificarme, de intentar comprender cómo miras las cosas. Ha sido precioso porque para mí, al principio, seguir era exactamente esto: una identificación, casi espontánea, que nacía del asombro por una humanidad distinta».

Pero atención, para volver a encontrar ese entusiasmo del comienzo no basta un recuerdo nostálgico, no es suficiente juntarse con los amigos y recordar viejos tiempos. El recuerdo de algo que fue no nos devuelve el inicio. Recordar los buenos tiempos del noviazgo no devuelve a una pareja el entusiasmo perdido durante los años de matrimonio. ¿Queréis una prueba de esto? Mirad el escepticismo que se insinúa en la vida de muchos adultos. La única posibilidad es que vuelva a suceder ahora lo que nos apasionó al principio.

Don Giussani se expresó de modo definitivo en relación a cualquier intento distinto de recuperar el inicio: «Imaginemos que se reunieran hoy algunas personas que [...], al conservar el recuerdo impresionante de un acontecimiento que les impactó en su momento –que les hizo bien e incluso marcó su vida–, quisieran recuperar ese acontecimiento, colmando así la distancia que se ha ido abriendo a lo largo de los años. [...] Si dijeran: “Unamos nuestras fuerzas para formar un grupo de catequesis, desarrollar una iniciativa política nueva, apoyar una actividad caritativa, crear una obra, etc.”, ninguna de estas respuestas sería adecuada para colmar esa distancia». Para él es evidente que «la continuidad con lo de “entonces” solo se restablece si sucede ahora nuevamente el mismo acontecimiento, el mismo impacto»⁸. Porque el comienzo es siempre un acontecimiento. Y para colmar la distancia con respecto al comienzo es preciso que vuelva a suceder ahora lo que sucedió entonces, es necesario que suceda el mismo acontecimiento que nos movió al principio.

Es lo que nos recordó el papa Francisco en la plaza de San Pedro: «El carisma no se conserva en una botella de agua destilada. [...] Don Giussani no puede reducirse a un museo de recuerdos. [...] Fidelidad a la tradición –decía Mahler– “significa mantener vivo el fuego”»⁹.

Lo único que nos devuelve el comienzo es que suceda nuevamente Su presencia. Cristo es un acontecimiento presente. Si no queremos perder el entusiasmo que nos ha conquistado, la única esperanza es conocer más a Cristo. Por eso se me quedó grabada esa frase desde la Apertura de curso.

2. Al hacernos adultos, una desmoralización

En los primeros Ejercicios de la Fraternidad, don Giussani nos decía exactamente que nuestro enemigo es «la falta de conocimiento de Cristo». Pero, ¿de qué conocimiento se trata? Como para nosotros el conocimiento se reduce normalmente a un saber nocional, Giussani nos advierte de que está hablando de conocimiento como lo entiende la Santa Biblia: «Conocimiento como familiaridad, como compenetración, como identificación, como presencia que se lleva en el corazón». Por eso, observa más adelante: «Es como si no continuase [después del encuentro] una familiaridad de la que ya hemos gustado [...]. Hay una extrañeza que delata nuestra lejanía con respecto a Cristo, como si no estuviera presente, como si no fuese determinante para el corazón. Puede que sea determinante a la hora de obrar –vamos a la iglesia, “hacemos” el movimiento, incluso rezamos Completas, acudimos a la Escuela de comunidad, participamos en la caritativa, hacemos grupos de esto o de

⁸ L. Giussani, «Algo que se da antes», en *Huellas*, 10/2008.

⁹ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

aquello, nos lanzamos incluso a la política—. Cristo no falta en nuestras acciones; en muchas de nuestras acciones puede que sea determinante pero, ¿y en el corazón? ¡En el corazón no! Porque el corazón es cómo mira uno a sus hijos, cómo mira a su mujer o a su marido, al transeúnte o a los amigos, a los de su comunidad o a los compañeros de trabajo, o bien —y sobre todo— cómo se levanta uno por las mañanas»¹⁰.

Pero no solamente esto. La lejanía del corazón con respecto a Cristo «explica también otra, que se revela como una extrañeza última en las relaciones entre nosotros, una miopía a la hora de mirarnos, ¡porque únicamente Cristo [...] puede hacernos realmente hermanos»¹¹, amigos! Cuántas veces hemos hablado de ello y lo hemos experimentado en la vida: la lejanía del corazón con respecto a Cristo se convierte en lejanía entre nosotros, de modo que, en última instancia, lo que domina es una extrañeza mutua.

Jesús, al estar en ciertas ocasiones tan lejos del corazón, puede volverse un extraño: «Si Jesús viniese aquí en silencio —*softly*— y se sentase en una silla, allí, cerca de aquella, y todos nos diésemos cuenta de ello en un momento dado, no sé en cuántos de nosotros sería verdaderamente espontáneo el asombro, la gratitud, la alegría... No sé en cuántos lo sería el afecto, conservando al mismo tiempo cierta conciencia de sí. [...] No sé si nos sentiríamos hundidos bajo una capa de vergüenza al darnos cuenta en ese momento de que no hemos dicho nunca “Tú”, de que no hemos tratado de evitar el naufragio total de su Yo personal en nuestro yo colectivo»¹². Preguntemonos: ¿quién de nosotros ha dicho «Tú» a Cristo hoy con la familiaridad con que se trata a las personas verdaderamente queridas?

No es que Cristo sea un desconocido en nuestra vida, entendámonos. «Paradójicamente —insisto— [es don Giussani quien nos apremia] Cristo es el motivo concreto por el que llevamos un tipo de vida que de otro modo no llevaríamos: ¡y sin embargo nuestro corazón está lejos de Él!». Según crecemos, según nos hacemos adultos, incluso haciendo muchas cosas por el movimiento o en nombre del movimiento, Cristo ha quedado lejos de nuestro corazón, puede no haber penetrado todavía en él. Continúa don Giussani: «No considero que, estadísticamente, sea normal entre nosotros que el hacernos adultos conlleve una mayor familiaridad con Cristo, haga que nos resulte más cercana esa “gran ausencia” [...]. No lo creo»¹³.

¿Y qué pasa cuando el hecho de hacernos adultos no conlleva una mayor familiaridad con Cristo? Que se produce en nosotros una desmoralización, «no en el sentido banal del término, sino con respecto a esa familiaridad con Dios en la que reside la esencia de la vida del hombre»¹⁴. Por tanto, si la moralidad es «tender hacia algo más grande que nosotros, la desmoralización es la pérdida de esta tensión. Insisto en que esta tensión resurge en los discursos y las obras —sin mentira y hasta de forma verdadera—, pero no *en el corazón*. Pues lo que ocupa el corazón no tiene horas ni condiciones que lo impidan [...]. Al igual que el yo no puede suspender su vida, así, cuando el corazón es moral, cuando no está desmoralizado, es como si no se suspendiera nunca la tensión hacia algo “más”, hacia algo más grande que él». No hay tregua, amigos, porque aquí se está hablando del corazón, no de las obras. «El problema está realmente en nuestro corazón»¹⁵.

¹⁰ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., pp. 22-24.

¹¹ *Ibidem*, p. 24.

¹² L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, pp. 169-170.

¹³ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., pp. 24-25.

¹⁴ *Ibidem*, p. 30.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 25-26.

¿Cómo combatir esta desmoralización? En este punto, don Giussani vuelve a insistir en el valor de la amistad entre nosotros, en nuestra compañía, en nuestra Fraternidad, y aclara cuál es su tarea: «Nuestra compañía debe ser ante todo una ayuda para luchar contra esta desmoralización, quisiera ser el instrumento principal contra esta desmoralización»¹⁶.

Pero, ¿cómo puede nuestra compañía ayudarnos en esta lucha contra la desmoralización, con el fin de que Cristo penetre en nuestro corazón? Lo vemos con claridad cuando sucede:

«Querido Julián, ayer participé en el *Vía Crucis* en Caravaggio, después de años de olvido total del Viernes Santo. Siempre he tenido la excusa del trabajo, y por ello faltaba tranquilamente a este gesto sin ningún problema. En el fondo, no sentía la necesidad de ir. Este año, quién sabe por qué, he encontrado tiempo para ir y he comprendido que la cuestión es dónde se apoya mi corazón. Ha sido como volver al origen de todo, a los tiempos del Triduo pascual de los universitarios con don Giussani en Caravaggio, una las cosas que me deslumbró entonces, con veinte años. Y me “tumbó” también ayer, pero con un dolor punzante, escuchar al coro cantar *Cristo al morir tendea* y la pregunta sufriente de María: “Lascieretelo voi per altro amore?” [¿Lo dejaréis vosotros por otro amor?]. Me impresionó porque no dice: por el pecado o por el mal, sino “por otro amor”. Esta mañana me he planteado preguntas que desde hacía décadas ya no me planteaba o que quizá no me he planteado nunca. Me he preguntado por qué nos propone la Iglesia cada año la Semana Santa. Cuántas veces dejamos pasar este tiempo como un gesto que en el fondo no cambia nada en nosotros, en nuestra vida, porque “ya nos lo sabemos” y no hay nada que poner en orden. Esperamos que pase rápidamente para volver a ocuparnos de las cosas concretas: el trabajo, cobrar a fin de mes, el marido, los hijos, la casa, el coche, las fiestas de cumpleaños, los grupos de Fraternidad (pero, ¿en qué cosas somos hermanos?), las vacaciones del movimiento o en la playa con los amigos. En cambio, la Iglesia rompe, rompe literalmente el tiempo para volver a abrir esa herida que es mi humanidad. Porque tú, amiga, marido, mujer, hijo y cada persona a la que aprecio, tú, que eres todo para mí, no vivirás para siempre y me traicionarás, y yo te traicionaré al igual que me traiciono a mí misma; tú, al que amo tan profundamente, no eres capaz de mantener la promesa que sin embargo has suscitado en mí. Entonces, ¿dónde puedo poner la esperanza, esa esperanza que el corazón no cesa de pedir? Esto es lo que nos vuelve a proponer la Iglesia cada año: descubrir las heridas de cada día y, desde el Miércoles de ceniza, reconocernos necesitados de todo, y volver a situarnos en la posición más verdadera, la de ser mendigos. La respuesta no se nos da, sino que se impone a un corazón mendigo que corre, en un amanecer nuevo, al tercer día».

Esta es la tarea de la compañía. Por menos de esto no merecería la pena permanecer en ella. «Nuestra compañía», insiste don Giussani, «debe ir más al fondo, debe llevarnos hasta el fondo, nos concierne a nosotros mismos, afecta a nuestro corazón»¹⁷; ella debe introducirnos –como dice la Escuela de comunidad–, debe empujarnos a «una relación profundamente personal con Él»¹⁸, con Cristo.

Pero llegados a este nivel, aclara Giussani, al nivel de mi reconocimiento de ti, Cristo, es decir, al nivel del corazón, nadie puede delegar en otros una respuesta que solo puede ser suya: «Esta es una responsabilidad [como muestra la carta que acabamos de leer] [...] que no se puede descargar sobre ninguna compañía. El corazón es lo único, por así decir, que no admite “socios”. [...] Si uno forma parte de un equipo donde cada uno desempeña un papel, uno tira del otro, y así sucede también en la

¹⁶ *Ibidem*, p. 26.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 26-27.

¹⁸ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, p. 263.

vida del movimiento, en las iniciativas del movimiento. ¡Pero aquí no! Por este motivo, la nuestra deberá ser una extraña compañía: una compañía sobre la que no se puede descargar nada»¹⁹.

3. Cristo, esperanza del cumplimiento

¿Por qué insiste tanto Giussani en la necesidad de que Cristo penetre en el corazón? La razón es sencilla: sin Cristo, el corazón queda insatisfecho. Y la experiencia nos muestra que el corazón no puede hacer trampas porque es objetivo e infalible. Como nos recuerda el capítulo primero de *El sentido religioso*, el corazón, como criterio de juicio, es objetivo: de hecho, las exigencias originales están dentro de nosotros, no las podemos manipular nosotros, nos son dadas con la misma vida. Por eso el corazón es infalible como criterio: las exigencias elementales son infalibles hasta el punto de que desenmascaran constantemente las reducciones y las imágenes que nos hacemos de qué es lo que debería responder a la sed del corazón. El sentimiento de insatisfacción que experimentamos ante el caos personal o familiar, pero también ante un éxito profesional, es un signo evidente de ello.

En esta insistencia de Giussani podemos reconocer su gran estima por nosotros, su pasión por cada uno de nosotros. Él es justamente la encarnación de una verdadera compañía, la de quien no cesa nunca a la hora de reclamarnos a lo único que puede satisfacer nuestro corazón. De hecho, «la ausencia de Cristo abate y deprime, somete a lo humano a una forma permanente de depresión. Cuanta menos presencia haya de Cristo, menos humanidad habrá en mi corazón y en el tuyo; cuanta menos presencia de Cristo, menos humanidad habrá en la relación del hombre con su mujer, de la mujer con sus hijos y [como consecuencia] más crecerá la pretensión, que sustituye al afecto verdadero, al amor real, a la caridad, a la gratuidad como don de sí. [...] Cuanta menos presencia de Cristo, menos posibilidad de humanidad habrá para [...] toda la gente que se apiña a su alrededor»²⁰, a nuestro alrededor.

¿Qué es lo contrario de la desmoralización del corazón y de la depresión de lo humano, que parecen caracterizar nuestra condición de adultos? «Lo contrario de la desmoralización», aquello de lo que tenemos necesidad, «es la esperanza». Nos lo testimoniaba nuestra amiga. Lo que nos dice don Giussani se manifiesta de forma impresionante en cualquier persona que viva una experiencia verdadera de humanidad, que sea leal con lo que sucede en su vida. Pero, ¿qué esperanza? ¿De qué esperanza se trata? De la esperanza en el propio destino, en el propio cumplimiento. ¿Cómo es posible la esperanza con todos los errores, los fracasos, las contradicciones que se repiten, se multiplican y se acumulan? «Solo donde Dios ha hablado al hombre existe esta esperanza». El contenido de esa esperanza es «lo que el ángel le dijo a la Virgen: “Para Dios nada hay imposible”. Creo que ahí está todo. Para el hombre nuevo que Cristo ha venido a traer al mundo esta afirmación es el corazón de la vida: “Para Dios nada hay imposible”; en donde Dios no es el “dios” de nuestros pensamientos, sino el Dios verdadero, el que está vivo, el que vive, o sea, el que se hizo hombre, Cristo»²¹.

Nos recuerda la Biblia: «Yo soy el Señor, el Dios de todos los seres vivos, y nada me resulta imposible»²². «“Para Dios nada hay imposible”. Esta frase se halla al comienzo de la verdadera

¹⁹ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., p. 27.

²⁰ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?* Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Rímíni, 28-30 abril 1995, suplemento de *Litterae communionis*, n. 7/1995, p.22.

²¹ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., p. 28.

²² Jr 32,27.

historia de la humanidad, está en los orígenes de la gran profecía del pueblo de Israel, en los orígenes de la historia del pueblo nuevo, del mundo nuevo, en el anuncio del ángel a la Virgen, y está al comienzo de la ascesis del hombre nuevo, al comienzo de la perspectiva y del movimiento del hombre nuevo. [...] Ante la frase de Jesús: “Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de los cielos”, los apóstoles dijeron: “Entonces, ¿quién puede entrar en el reino de los cielos? ¿Quién puede salvarse? Jesús respondió: “Es imposible para los hombres, pero para Dios nada hay imposible”»²³.

El fundamento de la esperanza, de la posibilidad de ser rescatados de la desmoralización, del decaimiento de la tensión del corazón hacia aquello para lo que está hecho, es que Dios se ha hecho hombre en Cristo. «Un hombre nuevo ha entrado en el mundo y, con él, un camino nuevo»²⁴: lo imposible se ha vuelto posible. Nos lo recuerda de forma conmovedora el cartel de Pascua: «Desde el día en que Pedro y Juan corrieron al sepulcro vacío y Le vieron después resucitado y vivo en medio de ellos, todo puede cambiar. Desde entonces y para siempre un hombre puede cambiar, puede vivir, revivir. La presencia de Jesús de Nazaret es como la linfa que desde dentro –misteriosa pero ciertamente– reverdece nuestra aridez y vuelve posible lo imposible: lo que para nosotros no es posible, no es imposible para Dios. De modo que una humanidad nueva apenas esbozada se hace visible, para quien tiene la mirada y el corazón sinceros, a través de la compañía de aquellos que Le reconocen presente, Dios-con-nosotros. Humanidad nueva, apenas esbozada, como el reverdecerse de la naturaleza amarga y árida»²⁵.

Amigos, tenemos que pedir al Espíritu la sencillez de reconocer a Cristo, de «levantar nuevamente la mirada desde nosotros mismos hacia esa presencia»²⁶ que ha salido a nuestro encuentro y dejar que ella penetre en nuestro corazón como el alba de un nuevo día.

Lo único que necesitamos es esta sencillez. «Todo se resume en tener un corazón de niño». ¿Qué significa esto? «Levantar la mirada de nuestros problemas, de los proyectos, de nuestros defectos, de los defectos ajenos, para mirar a Cristo resucitado. “Levantar la mirada desde nosotros mismos hacia esa presencia”. Es como si tuviese que soplar un viento que arrancase todo lo que somos; entonces el corazón se vuelve libre o recupera la libertad perdida, y sigue viviendo en la carne, es decir, se equivoca como antes [...], pero es como si hubiese entrado otra cosa en el mundo. Un hombre nuevo ha entrado en el mundo y, con él, un camino nuevo. “Mirad, se ha abierto un camino en el desierto, ¿no lo veis?”. En el desierto del mundo se abre un camino, es decir, se abre la posibilidad de “obras”, pero sobre todo de *una obra*. Las “obras” son la expresión de lo humano; la “obra” es un hombre nuevo, una compañía humana nueva»²⁷.

No existe otra posibilidad para recuperar el entusiasmo del comienzo que podemos haber perdido viviendo: «Sin esta sencillez, sin esta pobreza, si no tenemos la capacidad de levantar nuevamente la mirada de nosotros mismos hacia esa presencia, es imposible una compañía que aleje de sí esa extrañeza última, [...] que llegue a ser de verdad una ayuda en el camino al destino [...]. Es necesario levantar la mirada de nosotros mismos para dirigirla a esta presencia, a la presencia de Cristo resucitado»²⁸. Levantar nuevamente la mirada de nosotros mismos para dirigirla a Su

²³ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., p. 29.

²⁴ *Ibidem*, p. 34.

²⁵ L. Giussani, *Comunión y Liberación*, Cartel de Pascua 2018.

²⁶ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., p. 35.

²⁷ *Ibidem*, pp. 34-35.

²⁸ *Ibidem*, p. 35.

presencia es la única posibilidad para reconquistar nuestra vida y para salvar la compañía, superando esa extrañeza última entre nosotros de la que hablaba don Giussani.

Solo Cristo es capaz de responder a la espera que nos ha traído hasta aquí, como escribe uno de vosotros: «¡Espero estos Ejercicios como nunca en mi vida!», por citar uno de los muchos mensajes que han llegado llenos de esta espera.

En el punto álgido de la crisis del 68, Giussani decía a los amigos del Centro Péguy: «Es necesario que termine un periodo y que comience otro: el definitivo, el maduro, el que puede aguantar el desgaste del tiempo, más aún, el desgaste de toda la historia, porque ese anuncio que empezó a sorprender a dos personas (capítulo primero de san Juan), Juan y Andrés, hace dos mil años, ese anuncio, esa persona, es tal cual el fenómeno que nos ha traído hasta aquí y es el fenómeno que nos puede hacer permanecer en la Iglesia de Dios»²⁹.

Pidamos a Cristo que en estos días haga vibrar nuestro corazón de afecto por Él: es la única posibilidad de conocerlo de verdad, con un conocimiento que no sea nocional o intelectual. Identifiquémonos con la invocación que don Giussani toma prestada del *Stabat Mater* atribuido a Jacopone da Todí, al comentar la versión musical de Dvořák: *Fac ut ardeat cor meum in amando Christum Deum ut sibi complaceam* (“haz que arda mi corazón de amor por Cristo Dios, a fin de que pueda complacerlo”). «¡Haz que arda todo en mí! Todo, hasta el último cabello. Haz que arda todo en mí, indigno, y sin embargo, hecho para cantar: “Te adoro, Redentor”. ¡Qué libertad, qué reconocimiento lleno de ardor!»³⁰.

Como habéis visto en las pantallas al entrar en el salón, este año hemos pensado proponeros una breve cita de don Giussani relativa al fragmento musical que estamos escuchando, como ayuda para identificarnos más con lo que está sucediendo. Los pasajes musicales que proponemos, como ya sabéis, no son casuales: don Giussani nos ha introducido a lo largo del tiempo en cada uno de ellos, precisamente por la potencia que pueden tener a la hora de favorecer nuestro silencio. Quien haya mirado las imágenes de Caravaggio mientras escuchaba *Fac ut ardeat* habrá podido experimentarlo. No es lo mismo estar distraído o usar el móvil que dejarse arrastrar por lo que está delante de nosotros; prestar atención es una forma de no reducir el alcance de lo que está sucediendo.

Tomemos, por ejemplo, lo que don Giussani nos dijo sobre una obra de Mozart, la *Gran Misa en do menor*, que tantas veces hemos escuchado en nuestros gestos: «Este canto bellísimo nos ayuda a recogernos en un silencio agradecido, de forma que pueda nacer en el corazón, pueda brotar en el corazón la flor del “sí” por el cual el hombre puede actuar, puede ser colaborador del Creador [...]: amante del Creador. Como para la Virgen [...]: una relación sin límites llenaba su corazón y su tiempo. Si la intensidad religiosa de la música de Mozart –una genialidad que es don del Espíritu– penetrase en nuestro corazón, nuestra vida, con todas sus inquietudes, contradicciones y dificultades, sería bella como su música»³¹.

Yo deseo, junto a vosotros, dejarme educar cada vez más por el carisma para vivir el silencio, *este* silencio, que consiste en «que nuestro corazón y nuestra mente estén llenos de las cosas más importantes», de la presencia más decisiva para la vida. «El silencio [...] coincide con lo que nosotros llamamos memoria». En estos días que vamos a vivir juntos, «la memoria se verá

²⁹ L. Giussani en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, op. cit., p. 440.

³⁰ L. Giussani, «La festa della fede», en *Spirto Gentil. Un invito all'ascolto della grande musica guidata da Luigi Giussani*, a cargo de S. Chierici y S. Giampaolo, BUR, Milán 2011, p. 289.

³¹ L. Giussani, «Il divino incarnato», en *Spirto Gentil*, op. cit., p. 55.

favorecida por la música que escucharemos o por los cuadros que veremos [en las pantallas]; nos dispondremos así a mirar, a escuchar, a sentir con la mente y con el corazón lo que de algún modo Dios nos va a proponer»³² para dejarnos arrastrar, cautivar por Él.

Nuestra iniciativa en este sentido –la elección de una música determinada, de los cantos y de las imágenes– tiene como finalidad aprender a dejar espacio a Otro, que además es la única gran razón que nos puede haber traído hasta aquí.

Os recuerdo, por ello, que prestéis especial atención al silencio en estos días, en los traslados desde los hoteles, a la entrada y a la salida de los salones. El gesto que vamos a vivir depende mucho de la colaboración de cada uno de nosotros: pido para mí y para todos nosotros que no desperdiciemos esta ocasión.

(© 2018 Fraternità di Comunione e Liberazione)

³² L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Rímìni, 8-10 de mayo de 1992; suplemento de *CL-Litterae communionis*, n. 7/1992.